

un feliz y brillante conjunto de todo lo que se tiene por hermoso en tantas y tan diferentes comarcas? ¡Ah! ya me parece que oigo y participo contigo de los elogios que se van á hacer de tí! Ahora es cuando tus adoradores te tributarán con justicia sus homenajes y su incienso.

Acaso me dirás: y ¿cómo es posible que yo agrade en este horrible estado? Mis miembros son desproporcionados, mis facciones irregulares, mi color horroriza, parezco un monstruo y ¿queréis que agrade? Acabad cuanto antes tan cruel ironía, tanto mas insípida cuanto que es infundada. Y en efecto, ¿qué pretendéis concluir contra la realidad de la hermosura, de las diferentes ideas que se forman de ella los pueblos de que acabais de hablar? ¿Qué países son los que oponéis á el mio? ¿Os decidiríais en la discusion de una verdad importante, por las ideas de las naciones menos cultas? ¿Tienen acaso estas bastante gusto, ó un gusto bien formado para que se pueda con derecho inferir nada de sus extravagantes opiniones? Con que es una grande injusticia el citarme una autoridad que despreciaría el mismo que la emplea, si no le fuera favorable.

No, Aglae, no soy tan injusto como es natural te parezca á primera vista. Es innegable, que todo hombre sensato debe desechar la autoridad de las naciones bárbaras, cuando se trata de examinar una opinion fundada en razonamientos abstractos y en conocimientos independientes de los sentidos, porque no puede su espíritu elevarse á la contemplacion de las cosas intelectuales. Y en efecto, al verlos constantemente determinados por los objetos de sus sensaciones, ó por los caprichos de una imaginacion seducida, ¿no debe parecernos que carecen de la facultad de raciocinar?

Pero si dices que la belleza de tu sexo no existe solo en la imaginacion, si sostienes que reside tambien en la naturaleza de las cosas, de modo que mas bien está fundada en las sensaciones que experimentamos, que en las preocupaciones de nuestro amor propio; no puedes con razon desechár la autoridad de las naciones bárbaras. Aquellas sienten como nosotros, perciben los objetos, como nosotros los percibimos, tienen del mismo modo que nosotros, ojos para ver y para juzgar del color y de la forma de las cosas.

Así que, si yo juzgo que eres bella, por las sensaciones que excitas en mí, deben convenir en esto conmigo, deben convenir con el resto de los hombres; porque, ¿qué son en efecto las sensaciones? ¿No son absolutamente independientes de nosotros? ¿No nos representan las cosas como son en sí mismas? ¿Son acaso nuestros órganos peculiares á cada uno de los hombres, ó nos engañan continuamente, ó hemos de suponer que Dios nos engaña por su medio? Pero ya que no es dable mayor absurdo, que el formarse semejante idea del Autor de nuestro ser, ¿no te ves precisada á confesar que deben experimentarse en Africa, todas las sensaciones que experimentamos en Europa, y en general que deben ser comunes á todos los países y á todos los pueblos? (1)

(1) No hay mas que un medio para salir de esta dificultad, que es sostener que hay en el género humano tantas especies como individuos, y que teniendo cada especie órganos análogos á su diferencia de las otras, no es de admirar que todos los hombres experimenten diferentes sensaciones. Sin embargo, no juzgo quieran servirse de semejante medio, porque es absolutamente falso que se diferencien nuestros sentidos de los de un lapón, sino de mas á menos. Las mismas imágenes les representan sus ojos; sus oídos oyen los mismos sonidos, y de aquí se infiere que tienen las mismas sensaciones. Ven lo que vemos nosotros y del mismo modo que nosotros lo vemos, y esto prueba que los objetos afectan su alma del mismo modo que la nuestra. Es verdad que habrá alguna diferencia en las fibras de su cerebro, pero esta diferencia solo influye sobre su imaginacion ó su memoria, y no puede impedir que su alma experimente las mismas sensaciones que nosotros, cuando recibe las mismas impresiones.

Acuérdate ahora, ¡oh Aglae! de las opiniones que te he referido de diferentes pueblos relativamente á la belleza de las mugeres: compáralas con lo que acabo de decirte, y comprenderás fácilmente lo que debes pensar de la hermosura de tu sexo. ¿Es real ó es imaginaria? Ya estás bastante instruida para resolver por tí misma estas dos cuestiones.

Sin duda te parecerá cosa nueva y extraordinaria el oírme sostener contra la opinion de casi todos los hombres, que no está fundada la belleza de las mugeres en las ideas que nos la representan; pero aun te parecerá mas extraordinario é inaudito el verme asegurar, que nada prueba á favor de la belleza de una muger, el amor que puede inspirar.

Este sentimiento de amor, ora sea moral ó físico, puede suministrar contra lo que llevo dicho hasta aquí, una objecion tanto mas fuerte, cuanto que estriba en un principio generalmente admitido. Por lo mismo conviene presentarla aquí con toda la energía posible, para hacer ver que no huyo de ella, y que me siento en estado de destruirla.

«El amor, dicen, es un tributo que se paga á la belleza: solo amamos lo bello, ó lo que creemos serlo.» Esta espresion es cierta tomada literalmente, y aun puede decirse mas bien, que el amor es un efecto de la belleza. El amor del orden resulta de la contemplacion de la belleza en general. Se estima la bondad, se aprecia la firmeza, se respeta la virtud, se admira el heroismo y se ama la belleza. La palabra *amar* es la sola propia para denotar aquel sentimiento exquisito y voluptuoso que inspira la vista de un objeto hermoso, y á este sentimiento se dá el nombre de *amor*. Así que cuando se ama á una muger, este solo hecho prueba que es hermosa, porque no es posible amar lo que no es bello, ó lo que no se cree que lo es.

Esta objecion carece de solidéz, y las pocas palabras que la hemos añadido, indican que nada puede concluirse de ella. Por otra parte, la esperiencia lo prueba de una manera convincente, porque á la verdad, si solo amáramos lo bello, aun siguiendo las ideas que vulgarmente se tienen de la belleza, ¿á qué se verian reducidas las mas de las personas de uno y otro sexo? ¿Qué seria de Corina, de Silvia, de Amaranta y de otra multitud, cuyo número casi iguala al de las mugeres? ¿No hubiera errado en este caso la naturaleza en sus fines? ¿Y qué se haria entonces la propagacion de la especie? Pero sin limitarnos á generalidades vagas ó indeterminadas, ¿no es constante que puede ser amada, y lo es efectivamente una jóven robusta, que tenga unos ojos vivos, una tez y un color brillante, y que camine libremente y con garbo?

Bien conocida es Lesbia: Lesbia es pequeña, tiene el talle demasiado alto, las facciones irregulares y el color moreno; pero tiene unos ojos llenos de vivacidad y que parece que hablan: solo los ojos eclipsan los otros defectos; y Lesbia es amada sin ser bella.

No es menos conocida Glicería: Glicería es demasiado alta para muger, sus facciones son groseras y sin armonía; pero tiene un talle magestuoso, una tez brillante, una sonrisa fina y unos labios encarnados. Es verdad que todas estas cualidades no pueden contrapesar sus defectos; sin embargo Glicería es amada sin ser hermosa.

Hay otras mil cuya fealdad está en razon á la belleza, y con todo esto todas tienen quien las ame. Esto prueba de una manera sensible, que muchas veces se mide el amor por los atractivos del objeto amado.

¿A qué se reduce, pues, esta objecion tan fuerte: *el amor es un efecto cuya causa es la belleza?* ¿Podrá acaso re-